

## *Suor Angélica*

Barcelona, 1835.

La austera cena en el refectorio fue más fría de lo habitual. El ambiente era tenso, hostil, solo un poderoso esfuerzo de voluntad impedía que las lágrimas de aquellas mujeres se desbordaran.

La abadesa había expuesto sin ambages la cruda situación a la que estaban irremediablemente abocadas: El desahucio. El convento sería subastado y los terrenos que ocupaba pasarían a formar parte de un templo profano, los cánticos dedicados a la divinidad que entonaran las monjas y que aún parecían resonar entre los venerables muros, serían reemplazados por melodías, por arias y romanzas de cantantes posiblemente pecadores y ateos que ensalzarían la voluptuosidad, el amor, los vicios nefandos de la carne.

La mirada de la priora exhalaba odio, desesperación, aquello era su personal Armagedón. Pidió a las monjas que rezaran con mayor intensidad que nunca, parecía que hasta Dios les daba la espalda desoyendo sus reiteradas súplicas. Aquella noche, ella no se retiró a su celda dormitorio, se encerró en su despacho personal; tenía que ordenar y poner a buen recaudo un montón de cosas, aquella iba a ser su última noche en el convento y en su camino, que intuía ya muy corto, solo se abrían desesperadas incógnitas.

Llegó la amanecida, el rosicler apuntaba tímido, aún carecía de fuerza suficiente para ahuyentar las tinieblas de la noche. La joven novicia Teresa, que aún no había cambiado su nombre, se alzó del lecho con sigilo y se cubrió con una especie de capa negra con capucha que ocultaba su cofia. Abandonó el recinto del convento por el lugar secreto habitual y anduvo rápidamente sobre los adoquines húmedos, intentaba en todo momento no hacer ruido, pasar desapercibida como una sombra más y sus zapatillas la ayudaban a deslizarse casi como si levitara, silenciosamente.

Conocía bien el camino, lo realizaba cada amanecida. Su destino era una carnicería del viejo barrio próximo al puerto. No lograba acostumbrarse al hedor que exhalaba el recinto mal ventilado, olor a sangre, a vísceras, a heces. Cada vez que entraba en la trastienda del matarife judío, las náuseas acudían a su garganta e intentar controlarlas acababa produciéndole un intenso dolor en la boca del estómago.

El carnicero apenas le dedicó una mueca que pretendía ser sonrisa, estaba ocupado en inmovilizar un borrego atándole ambas patas posteriores que colgó de un gancho del techo. Las patas delanteras ya estaban atadas. No tardó en clavar un afiladísimo cuchillo bajo la mandíbula del animal que se debatía ante la inminencia de la muerte intuida. Algo parecido a un bozal ahogaba sus balidos, impidiendo que prohiriera sonidos audibles.

El carnicero *kosher* era muy hábil en su tarea, la sangre no tardó en brotar por la carótida y la yugular del borrego. El hombre se apresuró a recogerla en un frasco ya preparado con un gran embudo, aproximadamente un litro de sangre que aún estaba viva, caliente.

La joven novicia tuvo que ladear el rostro, el sacrificio animal nunca dejaba de impresionarla, pero ella estaba allí obedeciendo las órdenes de la priora y debía dejar al margen cualquier tipo de sentimentalismo y piedad. Llevaba preparada una especie de bufanda de lana negra con la que envolvió el frasco para mantener la sangre caliente. Había que cumplir las instrucciones del médico, que no veía otra posibilidad para mantener la vida de la priora que aquella sangre que le proporcionaría hierro en un desesperado intento de combatir su anemia y “el cocodrilo” que avanzaba. El galeno llamaba a la tisis “el cocodrilo”, como si pretendiera restarle cierto dramatismo en una época en que la tuberculosis era una guadaña permanente que afectaba incluso a los ricos y poderosos. La medicina del momento se veía impotente para curarla, aún faltaban muchos años para que un científico, Koch, descubriera el bacilo que se bautizaría con su nombre.

Afortunadamente, el médico que atendía a la priora no era tan bárbaro como el doctor de Inocencio VIII, que, en un intento desesperado por salvar la vida del pontífice aquejado de anemia e insuficiencia renal, entre otras enfermedades, le sometió a un temerario tratamiento de sangrías. Pretendía drenar la sangre enferma y cambiarla por la sangre de tres niños de apenas diez años. La brutal acción contó con el beneplácito de los padres, quienes percibieron un ducado de oro por niño. El resultado fue un desastre, los tres niños murieron de hemorragia e hipovolemia, el corte para extraer su sangre debió realizarse en alguna zona vital como puede ser la arteria carótida. Y el horrible remedio fue inútil porque el papa falleció también.

La bufanda negra que mantenía la temperatura de la sangre a su vez servía para camuflar el frasco entre las ropas de la novicia Teresa, convertida en la asistente secreta de la priora y el propio doctor. Nadie en el convento sabía que ella escapaba de madrugada abriendo distintas portezuelas secretas para ir en busca de aquella sangre a la que la priora parecía haberse convertido en adicta, pues los días de semana santa que el carnicero no mataba ninguna res, sufría una especie de síndrome de abstinencia. El obispo tampoco aceptaría de buen grado que la priora recurriera a un matarife judío, pero el doctor se lo había recomendado por su destreza y pulcritud en la maniobra de recoger la sangre.

La novicia pasaba auténtico miedo en su recorrido por las calles solitarias. El puerto no quedaba lejos y sus hábitos no iban a salvarla del ataque de algún marinero ansioso de sexo, ella era joven y muy hermosa pese a la ropa talar, a la opresora banda de tela de algodón que aplastaba y disimulaba sus senos turgentes. Pero, hasta el momento, había tenido suerte en ese aspecto, no fue atacada ninguna amanecida, regresaba tan virgen como saliera del convento.

Las religiosas vivían tiempos terribles, la desamortización despojaba de sus seculares propiedades a la comunidad del Monte Sion y las monjas se veían obligadas a abandonar el convento ubicado en las inmediaciones de la Puerta del Ángel. Provisionalmente, los monjes trinitarios, también afectados de desalojo, les ofrecían un recinto para guarecerse, pero distaba mucho de ser como la casa-madre.

La enfermedad de la priora se había agravado por el disgusto de verse forzada a abandonar el convento, ya no serían posibles los paseos por el maravilloso

claustro que proporcionaba armonía y sosiego a la comunidad femenina. Un rencor sordo la inundaba y parecía corroerla ayudando al progreso de su letal enfermedad. Ella no hubiera puesto la otra mejilla en aquel momento, clavaría con gusto una daga en la garganta del alguacil que osaba ejecutar el desahucio por orden del juez y quizás, eso sí, hubiera sorbido con deleite la sangre que brotara de las venas del indigno.

La novicia Teresa llegó ante una tapia, franqueó la cerradura con la oxidada llave y empujó la portezuela. Descendió unos metros, movió un enrejado que parecía tapar una alcantarilla y se adentró en una especie de túnel estrecho que enlazaba el convento de las monjas y el de los monjes trinitarios, formando una Y griega: A la izquierda las mujeres, a la derecha los hombres. La vieja ciudad estaba perforada por infinidad de túneles y pasadizos que permitían la huida en caso de ataque, y también favorecían un discreto acceso a otras dependencias por parte de visitantes furtivos que no debían acudir a aquel lugar. Posiblemente, solo ella y la propia priora conocieran la existencia de aquel largo túnel que enlazaba el convento con una anodina calleja. La superiora trataba por todos los medios de que no se conociera su terrible secreto, que prácticamente se alimentaba de sangre en un desesperado intento de no caer en las garras de la Muerte. Pese a considerarse esposa del Altísimo, no parecía demasiado convencida de que éste la acogiera en su paraíso con los brazos abiertos.

Teresa ignoraba que, en las viejas tabernas del puerto, hombres ebrios se excitaban y deleitaban inventando y repitiendo historias obscenas de contactos carnales de clérigos o burgueses ricos con bellas novicias a las que incluso dejaban encinta haciéndoles enormes barrigas, claro que a otras las sodomizaban para evitar el riesgo de embarazos indeseados, y en este caso, el precio pagado a la abadesa era un poco más bajo. En las sagradas escrituras se hablaba mucho de preservar la virginidad del himen, pero de otras vías no se hablaba. ¿Serían menos pecaminosas? La imaginación calenturienta que fomentaba aquellas historias contadas por el populacho y que nadie corroboraba, carecía de límites.

Teresa gozaba de cierta protección e inmunidad en el convento gracias a aquellos frascos de sangre que transportaba apresuradamente desde la carnicería a la celda de la priora.

Lo cierto es que la muchacha no tenía vocación religiosa alguna. Procedía de un entorno rural, su madre quería a toda costa casar a la hermana mayor y la presencia de la atractiva jovencita era un obstáculo insalvable. Cuando los posibles pretendientes descubrían a la hermana pequeña, perdían todo interés por la primogénita que ya empezaba a acumular años y corría el riesgo de convertirse en una solterona. La familia decidió que la solución era librarse de Teresa y para ello, lo mejor era confinarla en un convento. Como carecía de dote, se suponía que la muchacha iba a alcanzar solo el rango de simple limpiadora dentro de la comunidad religiosa. La propia Teresa no se rebeló demasiado, pensó que en el convento podía adquirir cierta cultura, la enseñarían a cantar y quizás a leer, no veía ante sí ninguna otra salida, salvo convertirse en prostituta. El ambiente en su hogar era tan enrarecido, tan hostil, que seguro que en el convento no estaría peor. Por otro lado, antes de tomar los votos, ya decidiría si no le convenía más escaparse. Conocer aquellos pasadizos secretos para salir del

convento le parecía una opción muy interesante que le facilitaría la libertad cuando no pudiera aguantar más la disciplina, el ayuno, la pobreza, la absoluta obediencia que coartaba cualquier decisión personal. Lo que menos la preocupaba era la castidad, no conocía varón y ningún estímulo erótico le complicaba la vida por el momento. Demasiadas mujeres del pueblo habían muerto tras el parto y ella no dejaba de asociar sexo con muerte. Y las mujeres supervivientes, enlazaban un embarazo con otro, un problema del que se libraban las esposas de Cristo.

Penetró en el convento siguiendo los cauces habituales, sabía que debía dirigirse al despacho de la abadesa directamente, ésta la esperaba ansiosa para ingerir la sangre. Debía transcurrir el mínimo lapso de tiempo entre la extracción desde las venas del animal a ser ingerida por la priora, una mujer de unos cincuenta o sesenta años que mantenía un férreo carácter casi despótico y una inteligencia despierta.

Cuando la novicia Teresa franqueó la puerta del despacho sin llamar previamente, esas eran las instrucciones que tenía para que nadie se alertara, descubrió una escena insólita que no esperaba en absoluto.

La priora yacía sobre la alfombra, sus piernas se agitaban presa de horribles convulsiones y su hábito, su hábito era ya una horrible mancha roja. Un violento vómito de sangre había escapado de sus pulmones rotos, no conseguía articular palabra, su respiración era ya estertor mientras las pupilas aún vivas mostraban una expresión de alucinado desconcierto, como si ya visionara el fuego del infierno.

Teresa depositó el frasco de sangre en el suelo, ella misma estaba temblando, no sabía qué hacer. ¿Debía llamar pidiendo auxilio? Si lo hacía, contravendría las tajantes órdenes de la propia abadesa, pero al mismo tiempo se daba cuenta de que ya era imposible salvar la vida de aquella mujer devorada por la enfermedad. Una cosa la sorprendió: La puerta del armario de madera donde la priora guardaba los documentos de la congregación, estaba abierta, la llave permanecía en la cerradura. Una irreprimible curiosidad la impelió a acercarse al mueble. Dentro descubrió una bolsa cerrada con un cordón, no dudó en abrirla y lo que descubrió casi desorbitó sus ojos: Apretados rollos de papel moneda y joyas, un montón de joyas, anillos, pulseras, sin duda aquella bolsa contenía las donaciones y limosnas de muchos feligreses para el mantenimiento del culto y del propio convento. La priora pensaría que, con aquel pequeño tesoro, sería posible costear un nuevo lugar donde la comunidad resurgiera.

Teresa miró a la priora, le pareció que sus ojos ya estaban vidriosos, y tomó una rápida decisión que se abstuvo de meditar: Guardó la bolsa entre sus hábitos y rebuscó en el libro registro del que arrancó las partidas de nacimiento y bautismo que la priora guardaba celosamente, era obligatorio entregarlas al llegar al convento, como si junto con aquellos documentos donaran también la propiedad de su alma, de su cuerpo. Cerró de nuevo la puerta del armario y enterró la llave en la maceta con aspidistras que decoraba uno de los ángulos de la estancia.

Teresa abandonó el despacho no sin antes arrebatar de la mano de la agonizante el anillo que simbolizaba su matrimonio místico con Jesucristo y

también le confería autoridad, un anillo que siempre le había parecido encerraba un poder mágico. Estaba manchado de sangre, pero ella no dudó en guardarlo en el bolsillo de su hábito. Cerró la puerta cuidadosamente, no se produjo ni el más leve chirrido. Y plena de ansiedad, conteniendo el jadeo, desanduvo el camino que tantas veces recorriera para regresar a los siniestros pasadizos subterráneos, túneles en forma de Y griega que la devolvieron a una calle que el sol ya iluminaba con una claridad que se le antojó distinta. Era una mujer libre y además, rica. Su pecho se distendió con un suspiro con el que intentó acaparar el aire de un nuevo mundo. Sus dedos hurgaron dentro del bolsillo del hábito queriendo acariciar el anillo, pero sorprendentemente, no lo encontró: Lo había perdido en su precipitada huida.

